

82

OBJETOS

QUE

CUENTAN

UN PAÍS

MANUEL LUCENA GIRALDO

82

OBJETOS

QUE

CUENTAN

UN PAÍS

UNA HISTORIA DE ESPAÑA

taurus



El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Primera edición: noviembre de 2015

© 2015, Manuel Lucena Giraldo

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2015, Jesús Acevedo, por el diseño de la cubierta

© 2015, Estudio Pep Carrió, por el diseño de interior

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-306-0730-3

Depósito legal: B-9646-2015

Impreso en Gráficas 94, S. L., Sant Quirze del Vallès (Barcelona)

TA 0 7 3 0 3

*A Felipe Fernández-Armesto,
que me enseñó a mirar más lejos*

Índice

A modo de introducción	11	22. Pendón de Las Navas de Tolosa, monasterio de Las Huelgas	121
ESPAÑA PREHISTÓRICA	25	23. Vidrieras de la catedral de León	125
1. Hacha de mano del yacimiento de Atapuerca, bifaz Excalibur	29	24. Astrolabio hispanojudío	129
2. Bisonte hembra, cuevas de Altamira	32	25. Atlas de Abraham Cresques	132
3. Imagen de mujer recogiendo miel, cuevas de la Araña	37	26. Lonja de la Seda de Valencia (o de los Mercaderes)	137
4. Vaso oculado, necrópolis de Los Millares	40	27. Fuente del patio de los Leones	141
5. «Candelabros» de Lebrija, cultura Tartessos	45	ESPAÑA DE LOS AUSTRIAS	145
6. <i>Dama de Elche</i>	49	28. Arqueta de joyas de Isabel la Católica	148
7. Toros de Guisando	52	29. <i>Gramática</i> de Antonio de Nebrija	153
8. Fíbula hallada en el yacimiento de Numancia	56	30. Carta general con la primera representación de América, Juan de la Cosa	156
ESPAÑA ROMANA	61	31. Biombo con escena de ofrecimiento de vasallaje de los indígenas tlaxcaltecas a Hernán Cortés	161
9. <i>Ofrenda de Orestes y Píldes</i>	65	32. Tienda indoportuguesa «de Carlos V»	164
10. Moneda con la efigie del emperador Adriano, denario de plata	69	33. Cédula fundacional del Archivo de Simancas	169
11. Torre de Hércules	73	34. Armadura ecuestre de Carlos V llamada «de Mühlberg», Desiderius Helmschmid	172
12. Acueducto de Segovia	76	35. Repostero de Fernán Núñez, sobre vela procedente de la batalla de Lepanto	176
13. Muñeca romana	81	36. Esfera armilar	180
ESPAÑA MEDIEVAL	85	37. Perla Peregrina, <i>Felipe III a caballo</i> , Diego Velázquez	184
14. <i>Etimologías</i> , san Isidoro de Sevilla (615-621)	89	38. Portada de la primera edición del <i>Quijote</i>	189
15. Corona de Recesvinto	93	39. Gran relicario del convento de la Encarnación	192
16. Cruz de los Ángeles	97	40. Quevedos, anteojos de Francisco de Quevedo	197
17. Capitel de Medina Azahara	100		
18. Manuscrito del <i>Cantar de Mio Cid</i>	105		
19. Cáliz de doña Urraca	109		
20. Concha del peregrino (<i>Pecten jacobaeus</i>)	113		
21. Ábside de San Clemente de Tahull	116		

41. <i>Las lanzas o La rendición de Breda</i> , Diego Velázquez	200	ESPAÑA, EL CORTO SIGLO XX	297
42. <i>Las meninas o La familia de Felipe IV</i> , Diego Velázquez	204	63. Confidente, silla de la casa Batlló, Antoni Gaudí	300
43. Bargueño	209	64. Garrote vil	305
ESPAÑA ILUSTRADA	213	65. Autogiro	308
44. Vista del Palacio Real	216	66. <i>Guernica</i> , Pablo Picasso	312
45. Mesa de Carlos III, Francisco Ginghi	220	67. Fútbolín, Alejandro Finisterre	316
46. Mapa del tratado de Madrid	224	68. Película <i>Bienvenido, Míster Marshall</i> , Luis García Berlanga	320
47. Moneda de oro de Carlos III	229	69. Vestido de Balenciaga	325
48. Naipes de baraja española de la Real Fábrica de Macharaviaya	232	70. Toro de Osborne, Manolo Prieto	329
49. Estanterías del Archivo General de Indias	236	71. Bombona de butano	333
50. Plaza de toros de Ronda	240	72. Fregona, Manuel Jalón	337
51. Guantes cortos	245	73. Tren Talgo III, Alejandro Goicoechea Omar	340
52. Estampa, la corbeta <i>Atrevida</i> entre bancas de hielo en el cabo de Hornos, Fernando Brambila	248	74. Seat 600	344
53. <i>La familia de Carlos IV</i> , Francisco de Goya	252	75. Motocicleta Montesa Cota	348
ESPAÑA, UN LARGO SIGLO XIX	257	76. Dodge 3700 GT	352
54. <i>El tres de mayo de 1808 en Madrid</i> , Francisco de Goya	260	ESPAÑA GLOBAL, EL TIEMPO PRESENTE	357
55. Décimo de la lotería nacional	264	77. Constitución española	361
56. Bandera carlista del general Ramón Cabrera	268	78. Mascota Cobi	365
57. Tricornio de la Guardia Civil	273	79. Calzado Camper	368
58. Guardapeines, cerámica de Sargadelos	276	80. Flamenco	372
59. Abanico	280	81. Copa del Campeonato del Mundo de fútbol	377
60. Submarino de Isaac Peral	284	82. Edificio de la Terminal 4 del aeropuerto Adolfo Suárez-Madrid Barajas, Lamela-Rogers	380
61. Microscopio de Ramón y Cajal	289	Bibliografía de referencia	385
62. Puente colgante de Vizcaya	292	Índice de nombres citados	399
		Índice de lugares citados	408
		Créditos fotográficos	413

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Las preguntas de la historia son similares en diferentes épocas, si consideramos que la gran cuestión de la que se ocupa es el cambio y sus consecuencias en las sociedades humanas. Los caminos por los que se analizan sus dinámicas son, sin embargo, diferentes. En el mundo occidental se consideró durante muchos siglos que las guerras eran lo único que valía la pena relatar. La historia consistía en una narración de acontecimientos bélicos, heroicos y sobrecogedores, bajo una perspectiva ejemplarizante. El resto de los asuntos humanos no interesaba, se consideraban no relevantes y aburridos. Tanto que, como sostuvo el académico, matemático y escritor Rafael María Baralt mediado el siglo XIX, lo que no fuera asunto de guerreros y batallas alejaba a públicos y lectores. No merecía la consideración de «materia de la historia».

TERRITORIOS DEL PASADO

El optimista enfoque ciceroniano, que la contemplaba como «maestra de la vida», había pretendido que los contemporáneos (en especial príncipes y ministros, quienes gobernaban y según la preceptiva clásica leían y estudiaban biografías e historias por doquier), evitaban errores fijándose en los probados disparates de sus antepasados. Había conductas evitables y otras aconsejadas. Todo traía consecuencias, porque en el pasado existían causas y efectos. La historia, que descifraba presuntas leyes inmutables, era

clave en la enseñanza de la responsabilidad individual. Las conductas, buenas y malas, determinaban una ejemplaridad pública¹. Semejante fe en la naturaleza humana y su capacidad de autocorrección a partir de la experiencia chocó primero con los designios de la providencia divina y más tarde, desde 1700, con la ampliación de la esfera de la libertad, en un sentido individual y moderno. En el primer caso, por largo tiempo se asumió que la intervención de Dios habría marcado unos caminos que el pecado y extravío de los hombres negaban con caprichosa reiteración. Como resultado, existían conflictos, guerras y catástrofes, incluso naturales, terremotos y plagas. La verdadera vida no se hallaba en esta tierra, un mero tránsito, sino en el más allá. De ahí que la existencia de comunidades políticas se explicara por designio divino. No era concebible otra posibilidad. En segundo término, el uso cívico de la libertad ampliada, imperativo de la Ilustración, al ser ejercida sin limitación moral, habría producido una catástrofe: la revolución. Edmund Burke consideró demagogos peligrosos y corruptores del bien común a sus protagonistas. El conocido autor de *Reflexiones sobre la revolución de Francia* (1790), amante de la libertad moralmente disciplinada, señaló: «Todo parece fuera de la naturaleza en aquel extraño caos»². El nuevo régimen republicano afirmó su historicidad como punto de partida radical, fabricó su propia «línea del tiempo». El guillotinado de Luis XVI, el 21 de enero de 1793, fue el lógico prelude de la puesta en marcha meses después de un nuevo calendario, con doce meses de nombres naturalistas —ventoso, nivoso, floreal—, divididos en tres décadas, al final de las cuales existía un día de descanso.

¹ Gomá Lanzón, Javier, *Ejemplaridad pública*, Madrid, Taurus, 2009, p. 14 y ss.

² Bromwich, David, *The Intellectual Life of Edmund Burke. From the Sublime and Beautiful to the American Independence*, Cambridge, Harvard University Press, 2014, p. 15.

La posterior utilización de la historia por el nacionalismo romántico, en el marco de la configuración de mitologías de las nuevas naciones europeas y americanas aparecidas tras el final del Imperio napoleónico, o su articulación mediante aparatos académicos e institucionales, que generaron maneras «positivas» y «científicas» —con hechos y datos— de cultivar la disciplina, llegó hasta el siglo xx. Los elementos principales de aquella manera decimonónica de fabricar historia, basada en un concepto del tiempo evolutivo (las comunidades humanas procedían de la barbarie y con la guía adecuada se encaminaban hacia la civilización), así como un sentido jerárquico del espacio, que presumió la existencia de centros y periferias a nivel global, entraron en crisis tras la Primera Guerra Mundial. No es casualidad que durante los años veinte la historia experimentara, entre otros, los impactos de obras como *La decadencia de Occidente* (1918-1922) de Oswald Spengler, iniciada en 1913, o el comienzo de la escuela francesa de los «Annales». Ya no eran materia de la historia solo acontecimientos políticos, en su doble reflejo diplomático y bélico. Procesos y estructuras condicionaban las biografías individuales y las hacían explicables. La historia marxista impuso el paradigma de la masa como agente configurador de los destinos humanos. Nuevos temas salieron a relucir y las estructuras de lo cotidiano se hicieron visibles en escenarios grandes y pequeños, que se retroalimentaban. Del mismo modo que se podía estudiar una ruta de navegación que duró tres siglos, era factible investigar la vida cortesana, una aldea rural, una creencia indígena o el arte contenido en una sola habitación de un palacio cualquiera.

El confuso, aunque estimulante, panorama de los años sesenta obligó a la redefinición del estudio de un pasado que poseía a escala global un indiscutible componente multicontinental, multioceánico y multinacional. El campo de la historia

«tradicional» empezó a ser fragmentado y deconstruido por especialistas en ciencias sociales, antropología, teóricos críticos, politólogos y sociólogos, deseosos de acabar con una visión del pasado que juzgaban construida a medida de los hombres, de los blancos y de los europeos, con el resultado supuesto de la invisibilidad de todos los demás³. Historiadores indios llegaron a dudar incluso de que fuera posible escribir historia, por ser un «sistema global de representación» cerrado, irrecuperable, diseñado por Occidente para lograr su dominio. Otros pretendieron encontrar las voces de las gentes «sin historia» mediante el incierto aprendizaje de una sensibilidad etnográfica, subalterna o alternativa. O dieron prioridad a planteamientos teóricos procedentes de filología, filosofía, antropología o literatura poscolonial, negando la validez de la reflexión histórica clásica. Con insólita frecuencia, hay que decirlo, fueron académicos perfectamente instalados en el tejido universitario e investigador. Según sus premisas, no se podía ser historiador sin más. No parecía haber historia «seria» y con futuro para sus cultivadores que no estuviera adjetivada: social, económica, constitucional, local, regional, de la ciencia o de las ideas. La cuestión del contexto se consideró crucial y se asumió que los textos procedentes del pasado contenían algún grado de oscuridad, complejidad y refutación de la autoridad. Por definición, había un «otro» oculto y reprimido, dispuesto a contar algo⁴.

Mientras tradiciones historiográficas ajenas a las modas, dedicadas a política o historia militar, continuaban vigentes y se enriquecían con nuevas fuentes y enfoques, caso del método comparativo, la caída del muro de Berlín en 1989 y la explosión

³ Washbrook, David Anthony, «Oriens and Occidents: Colonial Discourse Theory and the Historiography of the British Empire», en Robin W. Winks (ed). *Historiography. The Oxford History of the British Empire*, vol. V, Oxford, Oxford University Press, 1999, pp. 595-611.

⁴ Greenblatt, Stephen, «Introduction: New World Encounters», en *New World Encounters*, Berkeley, University of California Press, 1993, pp. XVI-XVII.

de la globalización transformaron el panorama. La necesidad de explicarla impuso la recuperación de las «grandes narrativas», únicas capaces de desentrañar la magnitud y velocidad de los cambios contemporáneos. La escala de los procesos históricos volvió a ser considerada, y Francis Fukuyama mantuvo en 1992 que el reciente triunfo de las democracias liberales suponía el final de las luchas entre ideologías. Sus contradictores reaccionaron con una hostilidad que vino a probar lo contrario. En una etapa de creciente cuestionamiento de la nación-Estado, el pasado imperial recobró interés, si bien la fragmentación fue predominante⁵. Desde entonces se ha convertido en lugar común hablar de la «aceleración del tiempo histórico», por efecto de los cambios culturales y tecnológicos acontecidos. Existe una historia global, que comienza con el primer humano sobre la tierra y acaba en nuestros días. También hay una «gran historia», que cuenta la historia de los humanos y la naturaleza al mismo tiempo⁶. El llamado «perspectivismo», que asume la posibilidad de narrar y explicar acontecimientos históricos bajo puntos de vista simultáneos y complementarios, al modo en que una batalla es vivida en el mismo instante por un general y un soldado, se ha difundido en diferentes ámbitos y temas. Lo pequeño, lo menudo y lo minoritario son más relevantes que nunca. Sin duda, existe una recuperación de la narrativa historiográfica. Hubo un tiempo no tan lejano en que la historia fue considerada una rama de la literatura. El impacto de la cultura visual y la existencia de internet han modificado la escritura y los métodos de la historia y han creado una demanda desde otros géneros: cine, teleseries,

⁵ Elliott, John H., «Comparative History», en Barros, Carlos (ed.), *Historia a debate*, vol. III, Santiago de Compostela, 1995, p. 9.

⁶ Fernández-Armesto, Felipe, *Breve historia de la humanidad*, Barcelona, Zeta, 2008; Christian, David, *Mapas del tiempo. Introducción a la gran historia*, Barcelona, Crítica, 2005, entre otros.

documentales, híbridos de no ficción⁷. La historia, en fin, se halla en un buen momento, ha devenido en polifonía global sostenida por distintas voces, bajo diferentes puntos de vista⁸.

HISTORIAS DE ESPAÑA

Esta evolución general de las «formas de hacer historia», en feliz expresión de Peter Burke, impactó, como no podía ser de otra manera, en la manera en que se cultivaba la historia de España. Pese al instalado relato de una supuesta anormalidad española, fabricado desde el Romanticismo, no ha habido método, corriente o punto de vista que no haya tenido su reflejo en la comunidad de historiadores dedicados a España. El elemento diferencial ha residido en la convivencia forzosa de «extranjeros», reputados sin preguntarles su opinión como «hispanistas», con historiadores españoles de diferentes tendencias y metodologías, fuera y dentro de España, como no podía ser de otra manera. A la luz de la transformación de los últimos cincuenta años, lo que resulta más llamativo es su progresiva homogeneización. Tanta que en la actualidad, si de verdad hablamos de historia, existe una factura similar entre las obras de ambos «grupos», que además, a diferencia de lo ocurrido décadas atrás, suelen ser multilingües, si bien las publicaciones en español e inglés, por su carácter de lenguas globales, marcan la pauta.

Del mismo modo que el conocimiento histórico de Portugal, Estados Unidos, Italia, Holanda, Rusia, China, Turquía o países

⁷ Rodríguez de la Flor, Fernando y Escandell Montiel, Daniel, *El gabinete de Fausto: «teatros» de la escritura y la lectura a un lado y otro de la frontera digital*, Madrid, CSIC, 2014, pp. 189 y ss.

⁸ Moscoso, Javier; Lucena Giraldo, Manuel, y Marcaida, José Ramón (eds.), «Historia polifónica. Un homenaje a Peter Burke», *Arbor*, 186, 2010, pp. 353-355.

de Iberoamérica, entre otros posibles ejemplos, se ha transformado con la aportación de historiadores españoles, ha dejado de ser asumible que un «hispanista» subido de tono enfatice las «heroicas penalidades» que le supuso entrar en un archivo español, o lo que tuvo que beber con un canónigo para convencerle de que le permitiera consultar un manuscrito. Este proceso de normalización ha traído consigo un gigantesco salto adelante de nuestro conocimiento sobre la historia de España, desde sus orígenes hasta nuestros días. En este sentido, como ha señalado José Enrique Ruiz-Doménec, los elementos de su práctica son los que han existido siempre, pues forman parte del acervo occidental clásico. Los sucesos se ordenan a través de la narración y se buscan fechas significativas. Se acude a fuentes (es decir, se investiga en archivos y bibliotecas) y testimonios de época, cuyos autores —y protagonistas— tienen nombres y apellidos: «No he encontrado razón alguna para mantener una España apócrifa»⁹. Su realidad histórica remite a un escenario colectivo, que se traslada a los públicos tras un exigente proceso de crítica y escritura.

Aunque resulta innegable que durante el siglo xx los debates sobre el esencialismo español, con grandes figuras como Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro, tendieron a enfatizar rasgos determinados y «únicos» de la historia de España, vinculados a la larga «guerra contra el Islam» o la «convivencia» de cristianos, moros y judíos, últimamente «es la falta de un concepto claro de nación y extensivamente de la herencia hispánica en América» lo predominante¹⁰. La confusión de singularidad con excepcionalismo hay que ponerla en el contexto de un guerracivilismo que habría sido componente patológico de la historia contemporánea española,

⁹ Ruiz-Doménec, José Enrique, *España. Una nueva historia*, Madrid, Gredos, 2009, p. 20.

¹⁰ *Ibid.*, p. 21.

desde 1808 en adelante. Los historiadores debían explicar esa supuesta inclinación cultural y genética al «cainismo» y a las guerras periódicas «entre hermanos», en la presunción de que era un rasgo específico. Encontrarla en las castas medievales o los linajes bíblicos ciertamente dio mucho de sí a sus partidarios. Pero en un sentido comparado, conflictos civiles se dieron de manera similar y masiva en el siglo XIX europeo y global. No sabemos si la guerra es la «partera de la historia», pero el proceso de expansión de la nación-Estado estuvo jalonado de violencia. Por otra parte, la singularidad española vendría dada por su antigüedad, ya que constituyó una nación cultural y política desde mucho antes que el nacionalismo romántico trastornara y empobreciera los rasgos del concepto. Como ha señalado Tomás Pérez Vejo, la España decimonónica resultó de un proceso único, la transformación de un imperio atlántico en una nación española, con mucho más éxito de lo que se ha venido manteniendo¹¹.

En años recientes, el impulso normalizador de la historiografía ha dado lugar a interesantes y actualizadas síntesis de historia de España. Cabe mencionar, además de la mencionada obra de José Enrique Ruiz-Doménec, entre otras, *Breve historia de España*, de Fernando García de Cortázar y José Manuel González Vesga, que arranca con la memorable frase: «¿Historia de España o historia de los españoles?»; o *España. Tres milenios de historia*, del maestro Antonio Domínguez Ortiz, cuyas primeras líneas señalan: «Solo puede hablarse de una historia de España cuando los diversos pueblos que la forman comienzan a ser percibidos desde el exterior como una unidad». También destacan *Historia de España*, de Julio

¹¹ Pérez Vejo, Tomás, «La representación de España en la pintura de historia decimonónica», en Morales Moya, Antonio; Fusi, Juan Pablo y De Blas, Andrés (dirs.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013, pp. 489-492.

Valdeón, Joseph Pérez y Santos Juliá, dividida en tres partes canónicas, medieval, moderna y contemporánea; e *Historia mínima de España*, de Juan Pablo Fusi, un amplio y preciso recorrido que sigue una cronología clásica y parte de una visión de la historia como «teatro de situaciones», pues «pretende explicar por qué hubo esta historia de España y no otra, dar razón histórica de España»¹².

REDES DE OBJETOS

Este volumen propone un camino distinto, en la medida en que articula un recorrido histórico basado en la cultura material y referencial de una comunidad emocional determinada que se llama España. La historia de los objetos ha conocido gran éxito en años recientes, como consecuencia del interés por la circulación global de mercancías, objetos, ideas, cuerpos e incluso entidades intangibles. Como ha señalado Fernando Broncano, «el campo de las humanidades es el campo de la experiencia humana y la movilidad de conceptos y artefactos es crucial». Si los primeros son «estructuras estables, objetivas, que modelan la información para hacerla útil y convertirla en juicios intersubjetivos que, por su parte, habrán de contribuir a configurar conocimientos, a definir planes, a transformar la mente de otros, a establecer instituciones, a cambiar el mundo», los objetos son mediadores de la experiencia. En este sentido, poseen una

¹² García de Cortázar, Fernando; y González Vesga, José Manuel, *Breve historia de España*, Madrid, Alianza, 2012, p. 7; Domínguez Ortiz, Antonio, *España. Tres milenios de historia*, Madrid, Marcial Pons, 2010, p. 19; Valdeón, Julio; Pérez, Joseph, y Juliá, Santos, *Historia de España*, Madrid, Austral, 2006, pp. 7-12; Fusi, Juan Pablo, *Historia mínima de España*, México, Colegio de México-Turner, 2012, pp. 9-10.

eficacia simbólica añadida: no existen fuera de las culturas que los producen. Del mismo modo que añadimos el adjetivo «cultural» al sustantivo «paisaje» para expresar una realidad compleja, la naturaleza intervenida por el hombre, hablamos de artefactos y objetos culturales, entendidos como sinónimos, para reiterar que no existimos por separado. «Los humanos somos seres protésicos, conformados por una composición inseparable de biología y técnica. Los artefactos son más que instrumentos: son organizadores de sentido»¹³.

Instituciones importantes, como el Museo Británico de Londres y la Smithsonian Institution de Washington, aprovecharon el interés creciente por los objetos de sus colecciones y publicaron obras dedicadas a ellos, como manera «de explorar los mundos del pasado y las vidas de los hombres y mujeres que vivieron en ellos». Si en el primer caso operó un ejercicio erudito de valoración de un catálogo imperial impresionante, no ajeno a la reivindicación de Londres como polo de globalización, en el segundo fue ostensible un programa de nacionalismo actualizado, integrador de tensiones fronterizas, étnicas y sociales, un *melting pot* estadounidense puesto al día¹⁴. El primer libro, originado en un programa de radio de la BBC, comienza en una momia egipcia y termina con una lámpara solar. El segundo arranca con unos fósiles prehistóricos y finaliza con el telescopio Magallanes, que apunta al espacio desde el norte chileno. Ambos comienzan con una prudente confesión de impotencia por parte de sus autores y equipos. No están

¹³ Broncano, Fernando, *La estrategia del simbionte. Cultura material para nuevas humanidades*, Salamanca, Editorial Delirio, 2012, p. 69.

¹⁴ MacGregor, Neil, *A History of the World in 100 Objects*, Londres, Allen Lane, 2011, pp. XIII-XIV; Kurin, Richard, *History of America in 101 Objects*, Nueva York, Penguin, 2013, p. 7.

todos los objetos que son, pero sí son todos los que están. Las elecciones son razonables, pero no dejan de representar un esfuerzo basado en el sentido común. Las limitaciones son muchas y vienen impuestas, entre otras circunstancias, en que los objetos formen parte de sus colecciones.

Otros estudios recientes, como el libro dedicado por Hans Ulrich Gumbrecht al año 1926, o el de Florian Illies concerniente a 1913, representan un subgénero interesante, porque sobre el trasfondo de un escenario de época vinculan la historia de objetos, ideas, instituciones y acontecimientos. El primero, que propone «experimentar mundos que existieron antes de nuestro nacimiento», tiene entradas dedicadas a aeroplanos, ascensores, incertidumbre, exuberancia y gomina. El segundo es un fascinante ajuste de cuentas organizado por meses, que muestra las relaciones intelectuales y personales del eje Viena-Berlín, con alusiones a cuadros, bicicletas, libros, cartas y piezas musicales¹⁵. La historia de las cosas es sin duda la historia de las interrelaciones, pero estas se dan en contextos concretos¹⁶. De ahí que las opciones metodológicas seguidas deban ser expuestas del mejor modo posible.

En la medida en que esta historia de España a través de 82 objetos pretende estar al margen de cualquier esencialismo, no ha interesado lo que los objetos «son», sino lo que representan y han representado para los españoles a través de los tiempos. Se trata de una relación identitaria, pasional, utilitaria y bidireccional. La biografía de las cosas no se cuenta desde el combate estéril sobre «lo que son», sino por el aura que contienen, el amor con que han sido fabricadas y la movilidad

¹⁵ Gumbrecht, Hans Ulrich, *En 1926. Viviendo al borde del tiempo*, México, Universidad Iberoamericana, 2004, p. 7; Illies, Florian, *1913. The Year before the Storm*, Londres, Clerkenwell Press, 2014, p. 3.

¹⁶ Leonard, Annie, *La historia de las cosas*, México, FCE, 2011, p. 18.

de contenidos simbólicos que generan y desplazan. Como en el caso del volumen de la Smithsonian, es legítimo y actual asumir que el primer objeto, un hacha bifaz de Atapuerca, arranca una red de objetos-símbolo que explica la historia de España, lo que somos a través de lo que fuimos. El último, el premiado edificio de la Terminal 4 del aeropuerto de Barajas, representa el trasiego de la globalización, tan implacable como fascinante. Otro ejemplo claro de esta bidireccionalidad de relaciones es la *Dama de Elche*, proclamada «belleza española» por antonomasia, al poco de ser desvelada ante los españoles de finales del siglo XIX. Antes de que se conociera su origen y condición, constituyó un símbolo patrio. Este tipo de construcciones culturales han sido muy tenidas en cuenta a lo largo del libro, que ha pretendido reunir en los textos dedicados a cada objeto elementos descriptivos —lo que es cada uno—, analíticos —de qué manera se configuró su contexto— y relacionales —de qué manera fue considerado por los españoles caracterizador y distintivo, cómo adquirió para ellos una pátina o configuración determinada—. Las partes en que está dividido, España prehistórica, romana, medieval, de los Austrias, ilustrada, largo siglo XIX, corto siglo XX y España global, el tiempo presente, siguen una cronología clásica puesta al día. En cuanto al número y selección de los objetos, como en las obras anteriores mencionadas, se ha basado en un intento racional de acumulación densa y, en lo posible, en caracterizaciones canónicas procedentes de diversos ámbitos y disciplinas. Si acaso habría que resaltar que no asumen distinciones arcaicas entre «alta cultura» y «cultura popular». Tampoco materialidades concretas, sino difusas y flexibles, pues representan el ingenio de los españoles plasmado en pinturas, esculturas, monedas, edificios, libros, banderas, mapas, joyas, vestidos, instrumentos científicos, gafas, guantes, sombreros o máquinas para volar o navegar. Entre otros objetos.